

M. Independientemente de las contras que tiene esa instrucción generalizada sin discernimiento, es una pérdida de tiempo, que perjudica á la utilidad comun, emplear muchos años en el estudio á los que no han de ser sino albañiles ó labradores.

ENSEÑANZA GRATUITA.

D. A eso dicen que por eso es gratuita la enseñanza.

M. Enseñanza obligatoria tiene que ser gratuita. ¿Pero es por eso menos odiosa? Viene á convidarte un cualquiera á que asistas á un festin. Es gratuito el festin, luego debes aceptarlo.—¿Y por qué, sino me da la gana?—No hay remedio, es menester ir.—Pero si para mí es como si me dieran de palos, ¿de qué me sirve que me los deis de balde? Más valiera que tuviera que pagar la paliza.

D. Además, yo preguntaria á los padres si les sale de balde la paliza. No pagan la paliza, pero pagan al que corta los palos.

M. Atiende además, que los que imponen esa enseñanza obligatoria, que dicen ellos ser gratuita, son los mismos de la enseñanza láica ó atea. Es en plata *forzar* á todos á que aprendan á ser liberales é impíos. La Iglesia manda sólo á los que son sus súbditos y hijos: los sectarios tratan de tiranizar, á los que nada quieren con ellos, y les constriñen á que los tomen por maestros.

D. No cabe darse más hipócrita y villana tiranía.



Quinto Mandamiento.

DIÁLOGO XVIII.

Enemigos.—Duelo.—Suicidio.—Pena capital.—Guerra.—Ejércitos.—Imprecaciones.—Escándalo.

ENEMIGOS.

M. Explicado ya lo que toca á los deberes de superiores y súbditos, vienen ahora los que median entre nosotros, con nuestros prójimos y con nosotros mismos.

D. Todo esto me lo sé por el catecismo: no hacer daño á nadie ni por palabra, ni por obra, ni aún por deseo: por consiguiente no matar, ni herir, ni aborrecer, y en esta parte nada teneis que decir del espíritu de nuestro siglo, cuyas tendencias son á suavizar las costumbres, y hasta querer abolir la pena de muerte.

M. Ya lo veremos: vengamos á los hechos. Prescindo de los asesinatos que de dia en dia se multiplican, y vengo al duelo, que es un homicidio y suicidio al mismo tiempo, y que hoy casi no se considera como un crimen.

D. Dicen que defienden la honra.

M. ¿Que honra es esa que se defiende con un crimen? Suponte que, al salir de casa, te dan un bofetón; ¿quién queda rebajado?

D. Yo, si no le doy otro mayor.

M. Entónces Cristo cometió una bajeza, dejándose abofetear. El modo de volver por la honra es pedir una satisfacción proporcionada; y, si no, acudir á la justicia.

El duelo es una venganza triplemente injusta: 1.º porque exijo por mi honra la vida del otro, no pudiendo exigir sino que me honre cuanto me ha deshonrado; 2.º porque me tomo la justicia por la mano; 3.º porque la tomo contra mi propia vida.

La Iglesia habia logrado con sus leyes y castigos extirpar el desafío, muy comun antes entre los bárbaros; pero desde principios del siglo ha renacido con más furia. En una Audiencia de Castilla desde 1868 han crecido los reos de pena capital un 75 por ciento: 6,824 causas criminales se fallaron en otra el año 1875. No es, pues, extraño que volviendo las costumbres al estado bárbaro, se haya quitado el horror que inspiró la Iglesia al desafío entre los cristianos.

D. ¿Pues por qué no castiga la ley ese crimen como otro cualquiera?

M. El Código penal castiga el duelo y á sus cómplices; pero las leyes del mundo van prevaleciendo, de suerte que en Alemania al militar que no acepta el desafío, le degradan. En Francia un capellan castrense invitó poco ha á las familias cristianas á suscribir una protesta contra los jefes que mandaban á sus subalternos el duelo. Sucedió el año 76 que un militar ofendió á otro: éste como cristiano calló; pero acudió al jefe, el cual, en vez de castigar al ofensor, mandó al ofendido que le echase el guante: hízolo así, y quedó herido é inútil para toda su vida.

D. Dos veces criminal fué el tal jefe exponiendo á la muerte al criminal sin proceso, y al inocente sin culpa. Y ¿qué pensais del dicho de aquel rey que á uno que no quiso aceptar un desafío le dijo: Buen cristiano eres, pero mal caballero?

M. Diria bien si caballero fuese lo mismo que espadachín ó matón; pero no es eso lo que entendemos por caballero. Mejor lo hizo un emperador de Rusia. Retó uno á otro, y éste no aceptó: mandó el emperador levantar un tablado en la plaza, y que ambos compareciesen: allí condenó á muerte al provocador, y al otro le dió un abrazo.

D. A veces nos confunden los herejes. Ya se ve; del mejor vino sale el peor vinagre.

M. San Félix de Cantalicio vió á dos que iban á desafiarse: metióse por medio y dijo: «Grite cada cual, *Deo gratias*.» Y con esto les quitó la idea de la cabeza.

D. Este fué buen padrino.

M. Hablemos del suicidio. San Agustin refiere que unos herejes, entendiendo mal cierta sentencia del Evangelio, se quitaban la vida tirándose á los rios y á los precipicios.

D. Lo mismo he oido que hacen en el Japon los bonzos.

M. Pues este vicio de herejes y paganos era desconocido de los católicos hasta fines del siglo pasado. A raíz de la revolucion francesa bajo Luis XVIII hubo en toda Francia en un año 320 suicidios: en 1875 iban ya por Junio 4.000 suicidios en solo París.

D. En Agosto del mismo año hubo en España 46.

M. Pondera, pues, la suavidad de costumbres de nuestros dias. Otra clase de asesinatos se verifica con el aborto, tan frecuente hoy dia, que hasta en libros y revistas se ha tenido que declamar contra ese vicio

prohibido en toda ley humana y divina, y opuesto á los intereses económicos y sociales (1).

D. Y luego tienen valor para disertar contra la pena de muerte de un criminal, los que son cómplices quizás de las de muchos inocentes.

M. Otro género de homicidio comete nuestra civilización matando de hambre más gente que no han ajusticiado tal vez todos los tribunales.

D. Y eso que corren ríos de oro; sino ahí están las exposiciones.

M. Las estadísticas oficiales no mienten, ó mienten contra sí cuando dicen que á proporción de lo civilizada (se entiende á la moderna) que está una nación, mueren en ella de hambre más indigentes. Pruébalo el P. Franco incontestablemente (2).

PENA CAPITAL.

D. Habláis de la pena capital; ¿qué decís de ella?

M. Que todos en ciertos casos la juzgan necesaria, y ahora poco la restablecieron en los cantones suizos, donde estaba abolida. Desde que el mismo Dios en su ley mandó castigar ciertos crímenes con esta pena, no ha habido nación que no la haya impuesto en sus leyes para castigo de los malhechores. Mucho se ha escrito sobre esto, y últimamente la *Civiltá* ha resumido lo que de la Sagrada Escritura y Santos Padres y Doctores se halla citado en varias obras (3).

D. La autoridad que mata á un asesino salva la vida de muchos inocentes.

(1) *Les Études*, en varios artículos

(2) *Respuestas á las objeciones*, t. II, c. 28.

(3) Ser. 9, vol. 9, pág. 69.

M. Es lo que viene á decir san Jerónimo, que la blandura con los malos es crueldad con los buenos: y un profeta dijo al rey de Israel: «Porque dejaste libre á un hombre digno de muerte (el rey de Siria), perecerás tú por él, y tu pueblo por el suyo.»

D. Y los partidarios de las ideas modernas ¿están contra la pena de muerte?

M. Cuando se trata de la verdadera autoridad que intente castigar los crímenes de ellos, sí; los sectarios ya sabes por qué leves causas tienen impuesta y aplican la pena capital.

D. Teneisrazon. Mientras las autoridades cristianas castigan sólo al reo convicto, ellos matan por solas sospechas.

M. En su ritual ó ceremonial de la recepción de los personajes más altos y más iniciados en la tramoja, se dice textualmente: «Le muestra (el director) un cráneo coronado con una tiara, y poniéndole un puñal en la mano, y dirigiéndolo hácia el cráneo, le empeña á gritar con él: Odio y muerte al despotismo religioso. Y luego haciendo otro tanto con un cráneo coronado de regia diadema: Odio y muerte al despotismo político.» En el mismo libro se prueba que la muerte de Luis XVI fué obra de la masonería: y en el mismo se da el nombre de asesinatos á todas las ejecuciones de malhechores condenados á muerte por los tribunales legítimos. Con que vé atando cabos.

D. Matar papas y reyes, magnífico; matar asesinos es un crimen.

GUERRA.

M. Los Santos y Doctores, al hablar del quinto mandamiento, tratan de la guerra, en la que tantas muertes se cometen.

D. Es un azote de Dios.

M. Pero necesario á veces para remediar muchos males: así la guerra de las Cruzadas atajó las de los príncipes cristianos entre sí, que tenían trastornada á toda Europa.

D. Segun eso, no siempre es mejor la paz que la guerra.

M. Segun qué paz. La paz verdadera es mejor, pero no la aparente, es decir, esa paz que se compra entregándose al enemigo, y que se reduce á cierta tranquilidad material exenta de sobresaltos.

Dirigiéndose Pio IX al Congreso católico de Florencia, decía á propósito de la conciliacion, que pedian algunos, con los enemigos de la Fe: «Estad en guardia... para que no se mezclen con vosotros aquellos que piensan poderse conciliar principios opuestos, y restablecerse la concordia entre los más furiosos enemigos de la Religion y sus fieles hijos, mediante tal ó cual pacto político; como si una profunda llaga de las entrañas pudiese curarse con algun leve fomento aplicado al cutis. Los que gritan paz por todas partes no conocen el camino de la paz, la cual no es sino la tranquilidad en el orden verdadero y perfecto (1).»

No cabe duda que más vale guerra franca que paz mentirosa. Pero habrá que mirarse bien antes que venir á vias de hecho.

D. Debe verse si hay causa justa para dar ocasion á las ruinas y desastres que suelen seguirse de la guerra.

M. ¿Será suficiente causa la defensa de la Religion? Lo pregunto porque, aunque no hay bien mayor que la Religion, dicen algunos que ésta no debe entrar á cañonazos.

D. No se trata de que entre, sino de que no nos

(1) *Civ. catt.*, ser. 9, vol. 9, pág. 19.

la quiten; y si por la fuerza nos quieren quitar lo nuestro, con la fuerza lo podemos defender.

D. Dicen algunos que es mejor defender la Religion con la paciencia.

M. Con esa capa de humildad se disfrazaron los maniqueos, y luego Wicleff y Lutero: pero la Iglesia les arrancó el disfraz definiendo que era lícito pelear contra los turcos.

D. De suerte que es doctrina católica que por la verdadera fe se puede justamente guerrear.

M. Así lo enseña Leon IV hablando al ejército de los francos; y la Escritura y los Padres están llenos de exhortaciones á los soldados defensores de la religion y la justicia.

D. ¿Pueden ir los sacerdotes á la guerra?

M. Ir sí, pues es necesaria su presencia para asistir en lo espiritual á los combatientes; pero no pelear con propia mano, fuera de un caso excepcional.

D. ¿Pueden exhortar y animar al combate?

M. «No se veda al clérigo, dice santo Tomás, el pelear porque el pelear sea pecado; sino porque no dice bien con su estado y ministerio (1).» Luego no hay inconveniente en que exhorte á lo que no puede hacer por sí.

Bien exhortaba san Bernardo á los soldados de Cristo cuando decía: «Si fuese ilícito al discípulo de Cristo pelear espada en mano, ¿por qué san Juan Bautista, predicador de Cristo, mandó á los soldados que se contentasen con sus pagas; y no les ordenó más bien dejar las armas? Mas no, no es malo derrotar á las naciones que mueven guerras, y cortar de entre nosotros á los que nos conturban. Fuera de la vaina ambas á dos espadas de los fieles sobre la cabeza de los enemigos, á fin de acabar con todo orgullo que se alce

(1) 2. 2. q. 40. a. 2.

contra la ciencia de Dios que es la fe de los cristianos; no sea que digan las naciones infieles: ¿Dónde está el Dios de éstos? Por tanto, cuando amenaza guerra, ármense de fé por dentro, y de hierro y no de oro por fuera; de suerte que, armados y no engalanados, infundan terror al enemigo (1).»

EJÉRCITOS.

D. Hablando de guerra, hay que hablar de ejércitos, tanto más que, si la guerra es á veces necesaria, los ejércitos lo son siempre.

M. Y segun se multiplican los crímenes, así hay que redoblar los medios de defensa, cuerpos de policia y guardias en lo interior; y segun crece la desconfianza entre las naciones, hay que aumentar el ejército, que en pocos años ha llegado á quintuplicarse.

D. Triste necesidad cuyas consecuencias son fatales para los oficios, las artes y las ciencias, arrancándoles sus mejores esperanzas; pero mucho más fatales para la moral. En la edad más crítica, cuando más necesita el jóven de la sombra del hogar doméstico, se le arranca de él, se le lleva por esos mundos, y al cabo de años vuelven tan pervertidos esos infelices, que da lástima.

M. Muchos daños traen esos exorbitantes y permanentes ejércitos, cuyos tristes efectos todos deploramos.

D. Tanto que en el Concilio del Vaticano hubo obispos que pidieron remedio á este mal; pero por la interrupcion del Concilio no se pudo tomar acuerdo alguno sobre este particular.

Lo peor es que el ejército no sólo de soldados sino

(1) Offic. S. Raym. de Fitero, 15 Mart.: Véase Deut. 20, 3.

de polizontes, es hoy necesario para tener como amarrados á los de la propia nacion (1): á la Religion sustituye el liberalismo la fuerza; y eso se llama *libertad*. No trato aquí de lo que esos ejércitos cuestan á los así avasallados, y de cómo con ellos suben y se sostienen los que avasallan. En nacion en que rija el derecho cristiano la fuerza no es contra las masas como llaman al pueblo los que le adulan de soberano; sino contra los criminales: por eso fuera de la guerra, apenas antes de este siglo teniamos ejército permanente. Hasta que el protestantismo y luego las sectas masonicas fueron cundiendo, hubo sí motines, pero no regidicios, crimen ya tan comun, que el Príncipe tiene que vivir defendido como un alcázar; cuando á los Reyes que gobernaban cristiamente la guardia era de honor, y vivian seguros con la lealtad y amor de los súbditos, que miraban en el Rey al ungido del Señor.

IMPRECACIONES.

M. Vamos á las guerras del corazon y de la lengua, que no son ménos contrarias al quinto mandamiento. Para alejarnos de matar nos prohíbe Dios el odio, como dice san Agustin.

D. Difícil es al genio iracundo no desahogarse por la boca.

M. Lo que cuesta es lo que vale. Mucho genio tenia aquel soldado valiente, san Ignacio de Loyola; pero ¿sabes qué maldiciones echaba á sus enemigos? Cuando estudiaba en París, un compañero le quitó todo el dinero que tenía, y se escapó. Supo Ignacio, al poco tiempo, que estaba enfermo y necesitado aquel mozo en Ruan, y fué á socorrerle en persona andando á pié y á grandes jornadas.

(1) Véase Diál. 12.

D. Así se vengan los santos.

M. Otra vez oyendo san Ignacio que uno había dicho que desearía muriesen quemados él y sus compañeros, contestó que desearía ver á ese señor y á sus amigos abrasados en amor de Dios.

D. ¿Qué decís de los que se maldicen á sí mismos, deseándose la muerte?

M. Maldecirse á sí mismo es contrario á la caridad: por lo que toca al desearse la muerte, hay mucho que decir.

D. ¿Puede uno desearse la muerte por salir de trabajos?

M. Sí, con tal que no falte la conformidad. Elías se la deseó viéndose rodeado de enemigos; Job en sus grandes apuros; Tobías y qué sé yo cuántos Santos. Puede desearse con mérito, y hasta con heroísmo por fines altísimos, deseo de ver á Dios, de no poder ofenderle en aquella impecabilidad de la otra vida, etc., puede desearse el martirio, y exponerse la vida por Dios y por el bien del prójimo; puede permitirse que se acorte la vida con mucho estudio, trabajo y austeridades, y así lo han hecho los Santos.

D. ¡Cuántos acortan la vida con excesos en el comer y beber!

M. Eso sí que es ilícito, y está prohibido en el quinto mandamiento.

D. A algunos he oído que es contra el mismo precepto dar muerte al alma con malos consejos ó malos ejemplos y quisiera que me lo declaraseis.

ESCÁNDALO.

M. Fácilmente lo entenderás: además de la vida natural, que se sostiene con la union del alma y del cuerpo, tiene el cristiano que vive en gracia, otra vida sobrenatural que se conserva mientras el alma

está unida con Dios por amor. El que con su mal ejemplo induce á otro á que pierda la amistad de Dios por el pecado, contribuye á despojarle de aquella vida sobrenatural.

D. Entónces ¿eso es peor que maquinar contra la vida corporal?

M. En cierto sentido sí, cuanto es mejor el alma que el cuerpo, y los bienes del cielo que los terrenos.

D. ¿Y qué será de los que han escrito novelas torpes, libros impíos que estarán haciendo daño por siglos enteros?

M. Y áun sin tanta maldad, ¿cuánto daño no puede hacer una madre que enseña las vanidades á sus hijas, un padre descuidado, etc.?

Esto me recuerda un hecho que refiere santa Brígida en sus Revelaciones: «Aparecióse á la Santa cierta mujer que, habiendo enseñado á su hija las vanidades del siglo, entónces se hallaba en los infiernos. Dejábase ver como revolcándose en el cieno de aquel tenebroso lago, el corazon arrancado, los labios cortados, la barba trémula; los dientes que eran hermosos, blancos y largos; dando unos con otros; las narices corroidas, los ojos fuera y colgando sobre las mejillas. Entonces esta madre muerta hablaba á su hija viva en estos términos: Oye, venenosa hija mía, ¡ay de mí, porque nunca fuí madre tuya! Yo soy la que te coloqué en el nido de la soberbia en el cual á mi abrigo ibas tú creciendo, y fué tanto lo que te agradó, que en él pasaste tu vida. Pero ahora te digo que cuantas veces vuelves tú los ojos con las miradas de soberbia que yo te enseñé, otras tantas arrojas á mis ojos un veneno hirviendo con intolerable ardor; y cuantas veces hablas palabras de soberbia que de mí aprendiste, otras tantas trago yo una bebida amarguísima. En suma, cuantas veces imitas tú las costumbres

de tu madre, otras tantas crece el castigo mio en el infierno.»

D. ¿Y los que cooperan á todas estas modernas libertades son escandalosos?

M. Imagínate tú: el liberalismo es el escándalo de los escándalos; con él se trata de apartar de Dios Nuestro Señor ó de su Iglesia, no ya á este ó aquel individuo, á esta ó aquella clase de la sociedad, sino á una nacion, y al mundo entero si fuese posible, para lo cual se abre paso franco á las herejías, á los escritos y maestros impíos, y se dejan impunes otros mil escándalos. Sólo Dios Nuestro Señor que juzgará á los fautores de tamaño mal, sabe los pecados de que son ocasion culpable, y las almas de que habrán de dar cuenta!

D. ¡Horrible infierno les aguarda sino hacen á tiempo verdadera penitencia!

M. Entonces en el juicio de Dios conocerán cómo debía entenderse y practicarse la teoría del mal mayor y la que llamaban hipótesis católica! Más claro; conocerán que los males que acarrea esa libertad liberal, son inmensamente mayores que todo otro mal terreno.

D. Si los que manejan la cosa pública, tuviesen verdadera idea del honor de Dios y de su culto; del fin último del individuo y de la sociedad civil, y del precio de las almas; de otro modo pesarían el mal mayor y el mal menor.

M. Malicia Satánica se necesita, conociendo el dogma católico, para no impedir, cuanto se pueda, ese libertinaje político ó sea el liberalismo.

D. Habrá obligacion de reparar los daños causados por el escándalo. Pero ¿cómo los van á resarcir esas personas que de una plumada han ocasionado tantos males?

M. Hagan lo que esté en su mano: lo que hicieron con una plumada, desháganlo con otra, retractándose. Así lo han hecho muchos, y tal vez con su retractacion han hecho mayor bien que mal hicieron con sus obras.

D. Siempre es muestra de flaqueza volverse atrás de su camino.

M. Si el que se lleva es bueno; si no, la locura es seguir adelante: trae á la memoria la Magdalena, san Agustin, al Apóstol San Pablo y tantos más.

D. Así es: y aun entre los hombres públicos de nuestra edad, la mayor gloria de un Luis Veuillot, de un Cándido Necedal es haberse separado denodadamente del error que seguían para combatirlo despues bajo las enseñanzas de la Iglesia.





Sexto Mandamiento.

DIÁLOGO XIX.

Castigos contra el vicio.—Su gravedad.—Cotejo de leyes.—
Peste universal.—Fisonomía del siglo.—Soberbia.—Hartura.—
Abuso de los sentidos.—Amistades.—Diversiones.—
Ociosidad.—Celibato.

CASTIGOS.

M. No hay poco que decir sobre ese mandamiento, tanta es la corrupción humana.

D. Sobre todo, porque en el mundo, no siendo matar ó robar todo se tiene por cosa ligera.

M. Para hacer ver que no son cosa ligera los pecados contra el sexto, basta recordar los castigos de Dios sobre las ciudades de Pentápolis (1) y sobre el mundo cuando el diluvio (2): la ciudad de Siquem se vió por este vicio cubierta de cadáveres, y una vez fueron pasados á cuchillo 24.000 israelitas por orden de Dios; y otra, casi toda la tribu de Benjamin: así podía ir enumerando castigos, tomados primero de los Libros sagrados, y luégo de los eclesiásticos y profanos. Todos

(1) Gen. xix, 24 y 25.

(2) Id. vi, 12.